

GABRIEL ROLÓN



LA FELICIDAD

Más allá de la ilusión

Gabriel Rolón

La felicidad

Más allá de la ilusión



INTRODUCCIÓN

Todos seremos ausencia.

Todos seremos duelados.

De ese modo puse punto final a *El Duelo*, mi libro anterior. Con esa sensación extraña que genera despedirse de un tema sobre el cual se ha trabajado casi toda una vida. Años de lectura y pensamiento dedicados a ese proceso doloroso que debe recorrer todo el que ha perdido algo que ama, ya que nadie tiene que duelar lo que no amó. Estar de duelo implica reconocer dos cosas: la primera, que amamos, la segunda, que perdimos.

Aquella tarde escribí mi nombre, la fecha y la palabra “fin”, pero me equivoqué. Anclados al tema habían quedado en mi mente algunos interrogantes nuevos. Si es cierto que todos seremos ausencia, ¿puede aspirar a la felicidad un ser recorrido por la certeza de su muerte? Alguna vez me preguntaron si era feliz. Al igual que Borges pensé: soy humano, soy mortal, ¿cómo puedo serlo?

Una respuesta tan dramática como certera.

Así planteado parece imposible que el ser humano y la felicidad coincidan en un mismo espacio. Sin embargo, como Borges mismo sugirió, si en todos los idiomas se han tomado

el trabajo de inventar la palabra es muy probable que también exista el hecho. Probable, sí, pero no seguro.

No es casual que el tema haya inquietado a los grandes pensadores de la historia. La filosofía y las religiones, con sus teorías y promesas, no han hecho más que intentar develar el enigma. Y sin embargo la felicidad sigue allí, tan misteriosa como siempre. Como este diván vacío.

Me preparo un café y pienso.

Lo hago cuando estoy solo en el consultorio; cuando termina el día o en la pausa entre una sesión y otra. En esos minutos en que todavía resuenan los dichos de un paciente y se anticipan las palabras del próximo. No sé por qué. Tal vez sea una forma de expulsar un resto de angustia que no me pertenece, o un modo de disponerme a escuchar angustias nuevas, también ajenas. O propias, ¿por qué no? Después de todo, el espacio analítico es un lugar donde las palabras y emociones se cruzan y ya no pertenecen ni al paciente ni al analista sino a ese ámbito particular donde los Inconscientes de uno y otro se entrelazan en un nudo que susurra una verdad.

Hace muchos años, cuando comencé a ejercer el Psicoanálisis, estaba atento a que apareciera alguna manifestación del Inconsciente de mis pacientes. Acechaba como esas gárgolas que se asoman desde la cima de las catedrales. Con el tiempo entendí que estaba equivocado. El Inconsciente no es una caja oscura que habita dentro del analizante. Es un destello que nace y muere al instante y reside en el mundo particular del consultorio. No pertenece ni al paciente ni al analista, sino al vínculo que se establece entre ambos, y lo mejor que puedo hacer es esperar. Con paciencia, con el compromiso ético de escuchar una verdad que aún no encuentra la manera de hacerse oír. Sin ansiedad. Un analista ansioso es una muralla difícil

de franquear. Cuando eso ocurre, el Inconsciente se ausenta y el tratamiento se detiene.

No es nada nuevo. Hace décadas Freud recomendó al analista sostener la “atención flotante”. Un estado de calma que le permite alojar la angustia y percibir los misterios del paciente. Lo sabía entonces, pero necesité años para que ese saber se hiciera carne.

Vuelvo de la cocina.

Amo mi consultorio, es como lo soñé. Del lado de la ventana que da a la calle está el diván. Detrás, en esa disposición extraña que ninguna otra relación más que el vínculo analítico puede justificar, se encuentra mi asiento. Frente a él una mesa baja, y del otro lado un sillón de tres cuerpos donde se sientan quienes trabajan conmigo cara a cara.

En medio del espacio hay un escritorio, el lugar en que leo, pienso o escribo. A su espalda la biblioteca, refugio de mis obsesiones. La recorro con la vista. Me gusta, me relaja, y a veces me inquieta. Allí están los libros que leí, los que esperan ser leídos y los que no leeré jamás. Porque la vida es tiempo, y mis obsesiones son más numerosas que mis días.

A la derecha, debajo de un techo vidriado que deja pasar la luz natural, está el piano, emblema del deseo más fuerte de mi vida. Un deseo que en mi niñez era imposible de alcanzar. Por aquellos años el piano era un lujo al que sólo podían acceder las familias adineradas. Mi papá era albañil y mi madre cosía vestiditos para muñecas. Eso no impidió que manifestara mi deseo. Así fue que un sábado al mediodía mi papá volvió de la obra trayendo en una bolsa de papel madera una guitarra usada que compró a uno de sus compañeros de trabajo. Felicidad y desilusión. La felicidad de saber que había escuchado mi sueño

de ser músico. La desilusión de entender que el piano no era una posibilidad para mí.

Tres días después comencé a tomar clases. No fue un acto de resignación ni conformismo. Por el contrario, en esas clases fui feliz.

Para no quedar atrapado en la frustración muchas veces debemos adecuar lo deseado a lo posible.

Cuando cumplí cuarenta y dos años pude por fin comprarme un piano, y por un instante tuve la ilusión de que llegaría a ser pianista, como soñaba de niño. ¿Por qué no? Mis años de estudio me permitían leer música, componer, y mis dedos acostumbrados a las exigencias de la guitarra se movían con destreza. No había tiempo para postergar. En ocasiones, la postergación impide la felicidad. Por eso volví a dedicar horas de mi vida al estudio intentando descifrar los misterios de un instrumento cuya técnica desconocía.

En Oriente cuentan de la existencia de guerreros que se entrenaban toda la vida para cazar dragones aun sabiendo que los dragones no existen. Es un acto noble dedicarse a perfeccionar un arte que jamás se utilizará con el único propósito de ser mejores. Algo parecido me ocurre con el piano. Hoy lo sé. Nunca llegaré a ser pianista. No daré un concierto ni dirigiré una orquesta. Aun así, le entrego mucho tiempo y cada pasaje que logro resolver me genera un sentimiento tan fuerte como extraño. Quizás esta sea una de las formas de la felicidad.

* * *

Nunca alguien entró a mi consultorio diciendo que era feliz. Como si la felicidad y el análisis se excluyeran. Y a lo mejor es así. Lo cierto es que toda persona que atraviesa mi puerta por primera vez, trae un dolor. Por eso sé bien de qué se trata. Lo

he visto en los ojos desgarrados de Martina, una madre a quien se le murió una hija, en la desesperación de Majo, una adolescente que se enteró de que tenía una enfermedad terminal, o en la angustia de un hombre o una mujer que descubrieron una traición. No importa cómo se presente. En cualquiera de sus formas, el padecimiento y yo nos conocemos bien. Somos rivales que pelean a diario. A veces gana él, a veces, por suerte, no. De todos modos, como los héroes del Valhalla que morían en batalla y resucitaban a la mañana siguiente para retomar la lucha, cada día regreso al consultorio para enfrentar el dolor una vez más.

En cambio, la felicidad es una visita poco frecuente. Un anhelo que consciente o inconscientemente recorre a quienes me consultan. Cada cual, a su modo, viene a verme para que lo ayude a ser feliz. Ignoran que no es ese el propósito de un análisis. El analista no promete ni busca la felicidad de su paciente. La invitación es otra. El desafío es acompañarlo a visitar sus rincones más oscuros, sus emociones más dolorosas intentando correr el velo que cubre esos secretos que no quieren compartirse con nadie, ni siquiera con uno mismo. Secretos mudos que enferman. Si el paciente acepta el reto, comienza el análisis. Un camino arduo y probablemente extenso.

En ocasiones me preguntaron acerca del alta, ese momento donde el tratamiento llega a su fin.

Jacques Lacan nunca sugirió que el paciente de alta se iría feliz. Apenas insinuó que esa persona dejaría el análisis preparada para soportar su soledad sin que le atormentara la tristeza. El autor uruguayo Enrique Estrázulas escribió un libro hermoso titulado *Soledades pobladas de mujeres*. Me permito parafrasearlo y pensar que al final de un análisis el paciente se encuentra en paz con sus soledades pobladas de fantasmas, de orgasmos que todavía emocionan y de noches angustiadas a

causa de algún amor perdido. Pienso en mis propias soledades, donde habitan al mismo tiempo el padre todopoderoso que construí en la niñez y el hombre que me despertaba con su llanto por las madrugadas cuando en algún sueño revivía su infancia en un orfanato.

La soledad es un tema complejo, incluso paradójico. Porque nunca estamos menos solos que cuando estamos solos. En esos momentos en que somos nosotros y nuestras heridas, nosotros y nuestro cuerpo, nosotros y la historia que nos recorre y nos determina. En definitiva, nosotros y todo eso que nos habita en el momento más íntimo: la soledad.

Vienen a mi mente los ascetas. Hombres y mujeres que se alejaban de los placeres del mundo en busca de la perfección espiritual. Creían que sin las distracciones que propone la vida cotidiana Dios estaría más cerca. Para fortalecer su ánimo se retiraban a los desiertos, soportaban el calor y resistían el hambre y las lluvias. Y aun allí, lejos de todo, en esa soledad plena, experimentaban una invasión de tentaciones, imágenes y demonios.

El escritor francés Jacques Lacarrière escribió acerca de los ascetas en su libro *Los hombres ebrios de Dios*:

No se hace impunemente la experiencia de una ruptura total con el mundo, no se ayuna durante años, hundido en una gruta o expuesto a las quemaduras del sol, sin que la personalidad se sienta hondamente trastornada. Semejante prueba, llevada a lo largo de toda una vida, termina por crear en el asceta ciertos fenómenos psíquicos acerca de los cuales los textos aportan notables testimonios. Esas figuras fantásticas que aparecían a los eremitas, esos demonios, esas criaturas fantasmagóricas que vienen a tentar al asceta constituyen el cortejo inevitable de todos

*aquellos que creyeron liberarse para siempre del mundo,
pero cuyo cortejo de imágenes agresivas o seductoras no
pudieron evitar.*

A su modo, Lacarrière asume que el ascetismo es un sacrificio vano. Aunque lejos del mundo y sus tentaciones, bajo la forma de sombras o demonios vendrán a visitarnos imágenes nacidas del deseo y de pulsiones que no podemos eludir.

En el tango “Soledad”, el poeta Alfredo Lepera describe los pensamientos de un hombre que ha sido abandonado por la mujer que ama y se encuentra solo.

*En la plateada esfera del reloj,
las horas que agonizan se niegan a pasar.
Hay un desfile de extrañas figuras
que me contemplan con burlón mirar.*

*Es una caravana interminable
que se hunde en el olvido con su mueca espectral,
se va con ella tu boca que era mía,
sólo me queda la angustia de mi mal.*

Una caravana interminable. Un desfile de extrañas figuras que lo contemplan con burlón mirar.

Soledad afantasmada.

Soledad sin entretenimientos infructuosos.

Lacan pensaba que podía darse el alta al paciente que en el recorrido de su análisis hubiera aprendido a convivir con sus fantasmas. Acuerdo. El análisis no persigue la meta de transformar al paciente en una persona feliz. Esa es la utopía de ciertas terapias que apuestan al voluntarismo, al querer es poder, al engaño que hace del terapeuta alguien capaz de lograr que una

persona alcance todos sus sueños. Eso es imposible. Ya diremos más sobre este asunto.

Aceptemos la verdad: el alta no implica la conquista de la felicidad.

En su libro *¡Sí, el psicoanálisis cura!*, Juan David Nasio escribió:

El paciente curado reconoce sus defectos y valora sus cualidades, sin exageración. Ya no se siente ni el más insignificante de los hombres ni el más inteligente. [...]

El paciente curado ha aprendido que ningún dolor es definitivo, ni absoluto, ni total y que uno siempre conserva en su interior recursos insospechados para volver a ponerse de pie. Estar curado es poder reaccionar a lo inesperado, por doloroso que sea, y reencontrar la capacidad de amar y de actuar. [...]

Siempre quedará una parte de sufrimiento, un sufrimiento irreductible, inherente a la vida, necesario a la vida. Vivir sin sufrimiento no es vivir.

Subrayo esa última frase: vivir sin sufrimiento no es vivir.

Tal vez por eso el consultorio es un lugar sufriente. Porque es un lugar vital. El sufrimiento y la vida son inseparables. Sin embargo, no es esta una mirada masoquista. No se trata de perseguir ni desear el sufrimiento sino de reconocerlo como una experiencia inevitable. Pero debemos luchar para que ese sufrimiento inherente a la vida no se vuelva un tormento. Por eso el Psicoanálisis. Para ayudar a que alguien resuelva sus padecimientos y pueda soportar el dolor inevitable que implica estar vivo.

¿Qué lugar queda, entonces, para la felicidad?

Mucho, siempre y cuando no se piense en ella de una manera ingenua. La felicidad concebida desde el ideal mercantilista, como una obligación que hace que alguien se sienta culpable por estar mal, por atravesar un duelo, por llorar ante la pérdida de un amor, no encuentra lugar en el análisis. Por el contrario, el consultorio abre sus puertas desde el respeto para decir: pase quien esté sufriendo que aquí no tendrá que avergonzarse de su dolor.

La vida es un lugar difícil, y el analista debe trabajar para que el paciente pueda convivir con sus faltas sin necesidad de entretenerse en el camino para no ver la dificultad que implica estar vivo.

Entonces, ¿el análisis promueve o consigue que alguien sea más feliz? Quizás podamos responder esa pregunta más adelante.

* * *

Este libro parte de la duda y de un cuestionamiento: ¿qué es la felicidad?

Si se revisa lo escrito a lo largo de la historia por quienes pensaron el tema, la definición de felicidad encuentra sentidos diferentes. La palabra misma parece ser un cuenco lleno de teorías que se pretenden certeras y a veces chocan entre sí. Platón y la virtud, Aristóteles y el fin supremo, Epicuro y el placer, Kant y la búsqueda del deber, Heidegger y la vida inauténtica, Byung-Chul Han y su crítica a esta sociedad que siente fobia al dolor, Nietzsche y la voluntad de poder, Bertrand Russell y una conquista imposible, Comte Sponville y la desesperación. Pensadores que de un modo directo o velado habitarán estas páginas.

No tengo certezas, pero puedo asegurar que la felicidad no está en las falsas metas que nos propone la cultura contemporánea. No la conseguiremos con logros materiales, con mayor reconocimiento en las redes sociales, ni al cumplir con alguno de los mandatos familiares, porque es posible que en ninguna de esas cosas se juegue nuestro deseo.

Estamos tan atravesados por opiniones ajenas que quedamos excéntricos a nosotros mismos. Vivimos alienados al discurso de los demás, y el análisis se propone acallar esos discursos “otros” intentando que al menos como un susurro lejano el paciente pueda escuchar su propia voz. Sólo cuando eso ocurra el análisis se pondrá en movimiento. Veremos luego hacia dónde nos lleva. Quizás debamos abandonar lo que creemos que nos hace felices para ser nosotros mismos. También es posible que aprendamos a valorar algunas cosas que, por tenerlas cerca, no llegamos a apreciar. No será un trabajo fácil. Se trata a la vez de una puja y una elección. Muchos pacientes abandonan el tratamiento porque se asustan.

Todo tiene un precio, y el camino que lleva hacia uno mismo no es la excepción. Entonces, al comprender las pérdidas que se acercan, esos pacientes eligen el ruido que generan realidades que no les pertenecen.

También están los demás. Amigos, familia, personas que con sus opiniones muchas veces interfieren en el tratamiento.

El paciente se debate entre esas voces y otras que, desde adentro, pegan manotazos para hacerse oír. Manotazos que llamamos “Formaciones del Inconsciente” (lapsus, actos fallidos, chistes, sueños y síntomas). Experiencias que ponen en juego algo desconocido que, sin embargo, es tan propio que devela que lo que creemos ser poco tiene que ver con lo que en verdad somos.

Una lectura caprichosa de los textos de Freud dio origen a la llamada “Psicología del Yo”. Una escuela que pensó que el camino estaba en fortalecer la personalidad del paciente y alimentar su autoestima. Lejos de eso, el analista sabe que el “Yo” es una estafa, un velo, un engaño que nos armamos para no aceptar el hecho de que todo no se puede. A eso nos referimos los analistas cuando hablamos de “castración”. Porque siempre habrá algo imposible de conseguir.

Todo sujeto humano es recorrido por una falta de la que intenta escapar construyendo una identidad imaginaria, un supuesto ser. El análisis, lejos de huir del vacío, busca que el paciente se acerque a él todo lo que pueda. Surge, entonces, una pregunta: ¿en ese punto de máxima cercanía al abismo hay alguna posibilidad de ser feliz?

Y otra vez aparece el anhelo de felicidad.

Nietzsche pensaba que la búsqueda de la felicidad no era más que un desperdicio de tiempo de vida. Como sea, cada día al entrar al consultorio tomo el guante y retomo mi batalla.

En *El Duelo* comparé al analista con Virgilio, el poeta que guio al Dante en *La divina comedia* porque, al igual que él, acompañamos a nuestros pacientes en el recorrido por sus infiernos personales. Ahora doy un paso más y afirmo que también caminamos junto a ellos por el Purgatorio, el lugar al que acceden quienes no fueron condenados al Infierno, pero todavía no están preparados para entrar al Paraíso.

Así como Dante dividió el Infierno en círculos, el Purgatorio se compone de siete giros en los que el alma se va limpiando de sus pecados. Al ingresar, se graban en ellas siete “P” que representan cada uno de los pecados capitales: soberbia, envidia, ira, pereza, avaricia, gula y lujuria. A medida que avanzan por los giros, esos pecados son lavados y las “P” se van borrando

una tras otra. Según Alighieri, sólo cuando ya no quede ninguna, luego de la expiación y el arrepentimiento, el alma estará lista para acceder al Paraíso.

Como lo hicimos con el Infierno, podemos hacer también una analogía entre el análisis y el Purgatorio, con la diferencia de que en lugar de borrar las “P” de sus pecados, el paciente deberá resolver las “T” de sus traumas para liberarse de las “S” de los síntomas que lo atormentan. Liberarse o al menos aprender a hacer algo distinto a pesar de ellos. Pero, ¿basta con eso para ser feliz? Es posible que no. Por eso el análisis intenta ir un poco más allá. Apenas un poco, aunque suficiente para hacer del paciente una persona distinta. Una persona que, como dice Jorge Beckerman, no hubiera sido nunca de no haberse analizado.

Mientras termino mi café me pregunto qué me impulsa a acompañar a mis pacientes en un viaje tan incierto. ¿El enigma que representan, el deseo de aliviar sus padecimientos, o el desafío de acercarme al misterio de la felicidad? Lo ignoro. Sólo sé que será un proceso complicado. Ya lo hemos dicho: quienes entran al consultorio no son felices. ¿Pero acaso lo son quienes no llegan a un análisis? ¿Lo han sido alguna vez esos desconocidos que caminan por la calle?

Es una frase muy dicha, sí, pero la vida nos da sorpresas y, muchas veces, circunstancias indeseadas abren puertas que ni siquiera sospechábamos.

Cuando tenía catorce años un hecho desafortunado obligó a mi familia a dejar la casa en que vivíamos en el barrio de Liniers para regresar por unos meses a Gregorio de Laferrère. Había nacido en ese lugar del que, por otro infortunio, nos fuimos cuando tenía cinco años. Ahora volvía.

Alojados por la generosidad de un tío, nos quedamos en una pieza a la espera de que se desocupara el departamento al que debíamos mudarnos.

Al principio me costó el cambio. Esas calles de las que me había despedido con dolor diez años atrás, ya no eran mis calles. Yo mismo me había convertido en un desconocido para mis amigos de la niñez. Sin embargo, el cariño familiar hizo lo suyo y, cuando comenzaba a sentirme a gusto, el departamento esperado quedó libre. Y allá fuimos.

En el norte del Gran Buenos Aires, Florida es una zona muy hermosa, pero me resultaba ajena. Con mi familia en la localidad de La Matanza y mis compañeros de colegio en Liniers, me sentí aislado y con pocas posibilidades de generar vínculos nuevos. Fue entonces que padecí la soledad de los domingos. Ese momento en que la vida parece volverse más pesada. Luego del almuerzo mis padres descansaban y yo quedaba fatalmente solo frente a la inmensidad de un tiempo que no quería avanzar. Como escribió Lepera: *las horas que agonizan se niegan a pasar*. Y fue entonces que la descubrí. Apenas a seis cuadras de mi nuevo hogar estaba la estación de tren, y una de esas tardes lentas de domingo tomé un libro, *Los miserables*, caminé hasta ahí y me subí en el tren que iba a Retiro. Al llegar compré un cospel de subte y realicé todas las combinaciones posibles mientras leía emocionado la obra de Víctor Hugo. Sin que me diera cuenta se hizo la noche y volví a la estación para regresar a casa. Después de tantas semanas de inquietud lo había descubierto: ser feliz no era imposible. Bastaba con un pasaje de ida y vuelta a Retiro, un cospel de subterráneo y un libro.

A partir de ese día, los domingos se transformaron para mí en el momento más esperado de la semana. Y fue en una de esas lecturas que me topé con una idea de Cortázar: un hombre que caminaba por las madrugadas preguntándose qué harían a

esa hora quienes permanecían todavía con las luces de sus casas encendidas. Cada una de esas ventanas iluminadas escondía un misterio.

La idea me conmovió y, al levantar la vista, me pregunté en qué pensaba esa mujer que viajaba dos asientos delante de mí. ¿Por qué llevaba esa mirada triste... o quizás pensativa? ¿A quién iba a ver? ¿De dónde venía? ¿Cuáles eran sus sueños? ¿Cuáles sus angustias?

Con el tiempo, develar esos misterios se transformó en una actividad tan apasionante como la lectura misma.

Hoy, tanto después, entiendo que ese interés, esa obsesión por conocer los mundos que habitan en cada persona, ha sido fundamental para mi oficio de escritor. Después de todo, ¿qué otra cosa hace un autor más que narrar los universos posibles de sus personajes?

Hace poco, en un bar de la calle Florida, me llevé por delante una sorpresa. Mientras compartíamos un café, Juan David Nasio me confesó que siempre intentaba deducir qué pensamientos y emociones recorrían a las personas con las que se cruzaba en la calle. ¿De qué conversaban las parejas que cenaban en la mesa que estaba a su lado? ¿Todavía se amaban? ¿Preparaban un viaje o hablaban del divorcio? Lo observé en silencio.

—Créame —me dijo—. Es una tarea que todo analista debería hacer.

Y sonreí al descubrir que, sin saberlo, durante toda mi adolescencia, en cada uno de aquellos viajes de domingo, me había estado preparando para ser analista.

Sigo teniendo esa costumbre.

Cuando cruzo una plaza y veo a alguien sentado solo en un banco, cuando un hombre insulta desde la ventanilla de un

auto o una mujer lleva un bebé en sus brazos, me pregunto: ¿qué piensan? ¿Qué sienten? ¿Están donde querrían estar? ¿Están con quien desean estar? ¿Es esta la vida que soñaban? Y a pesar de este ejercicio cotidiano, el misterio permanece intacto. Apenas he podido comprender algunas cosas. Que nadie lo tiene todo. Que cada ser humano convive con una falta imposible de llenar, y a pesar de eso, la mayoría sigue dando batalla, armando proyectos y apostando a sus deseos. Al menos así han sido los caminantes que cruzaron por mi vida, mis compañeros de trenes y subtes, incluso los personajes de mis lecturas, como mi amado Jean Valjean. Seres ilusionados con alcanzar una felicidad que suavice sus heridas.

Y pienso en Voltaire: *buscamos la felicidad, sin saber dónde como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una.*

¿Será cierto? ¿Habrà alguna felicidad esperándonos? ¿Hemos sido felices alguna vez? ¿Lo seremos algún día?

El timbre interrumpe mis pensamientos. Ha llegado el próximo paciente. Ahora abriré la puerta para encontrarme con otro ser humano. Con sus anhelos, sus dolores y sus llantos.

Y así, con la confirmación del destino inevitable que tiene este consultorio, empiezo un nuevo viaje.